**BIENVENIDOS**

El domingo 23 de julio, cuando el reloj de la catedral tocaba las campanas anunciando las siete de la tarde, Fernando y Luis recibían por la imposición de mis manos el sacramento del orden sacerdotal como presbíteros. Dos nuevos miembros en nuestro presbiterio de la diócesis de Astorga que sustituirán a veintidós sacerdotes que han fallecido en este año y medio. La desproporción entre los ordenados y los ausentes es palmaria. Este simple dato nos pone en guardia y nos ha de impulsar a una reflexión de todos sobre la atención pastoral de las parroquias y comunidades cristianas en el futuro.

Está claro que no podemos cerrar los ojos y seguir caminando como si no sucediera nada a nuestro alrededor. Tenemos que darnos cuenta que la situación sociológica tanto del presbiterio como de las parroquias ha cambiado sustancialmente y aún cambiará más. Es posible que en una década el número de sacerdotes disponibles para atender pastoralmente las cerca de mil parroquias de la diócesis estén por debajo del centenar. Muchas de las parroquias rurales se cerrarán o quedarán reducidas a la mínima expresión en cuanto a los habitantes. Actualmente en 28 parroquias ya no reside ningún vecino y en doscientas parroquias viven sólo siete mil habitantes.

A esta situación sociológica debemos añadir el avance de la descristianización en el segmento de población más joven. La respuesta no puede ser la desilusión y el desánimo. Todo lo contrario, ha de ser un acicate para dar un testimonio cristiano más convincente. Debemos, en primer lugar, ponernos en las manos de Dios. Él sabe mejor que nosotros lo que va a suceder porque el futuro, que para nosotros es un enigma, para Él es eterno presente, pues en Dios no hay tiempo.

En estos momentos conviene recordar las palabras de Jesús a sus discípulos después de la última cena: “No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mi” (Jn 14.1). Esta prueba de escasez de sacerdotes por la que pasa nuestra iglesia diocesana ha de ser un motivo para confiar más en Dios y pedirle sin desfallecer lo que necesitamos: jóvenes que entreguen su vida al Señor y al servicio de la Iglesia para extender el Reino de Dios a todos los hombres. Necesitamos sacerdotes santos que perseveren en aquel amor primero manifestado en el “sí quiero” que dieron ante el obispo el día de su ordenación sacerdotal. No habrá vocaciones al ministerio sacerdotal ni sacerdotes santos si no hay familias verdaderamente cristianas donde se respire verdadero amor entre sus miembros y como fruto de ese amor surjan nuevas vidas y nuevos cristianos.

Fernando y Luis están verdaderamente dispuestos a servir a la Iglesia que peregrina en Astorga con entrega e ilusión. Fernando, nacido en Colombia, reside en nuestro país desde hace una década. Su carácter cercano y amable con las personas le ha hecho acreedor del cariño y la estima de los fieles del Valle de Vidriales. Luis, joven y al mismo tiempo maduro, es fruto del buen hacer de nuestros Seminarios Menor y Mayor. Por su juventud y simpatía conecta con facilidad con los jóvenes y los lleva al Señor. Seguirá sus estudios sobre la familia para trabajar después en este amplio campo de la pastoral familiar. ¡Qué estos dos jóvenes sacerdotes sean bienvenidos al presbiterio y a la diócesis!

Vuestro obispo.

† Juan Antonio, obispo de Astorga